

Comienza el libro con una introducción a la vida y al estilo literario de San León Magno, Papa desde el 440 hasta el 461. Es interesante el análisis que realiza acerca de la expresión lingüística del Papa León: vocabulario y *cursus* rítmico propios de la élite cultural del Bajo Imperio. Las obras de los dos géneros literarios más usados por nuestro autor, el homilético y el epistolar, llegan a alcanzar el culmen de la elegancia retórica. Concluye Martorell su análisis literario con un apunte teológico: «Todo en San León es simultaneidad en donde hasta forma y contenido parecen querer reflejar el misterio de Aquel que había querido ser, a un mismo tiempo, Dios y hombre» (p. 13).

La introducción comprende un amplio elenco de las epístolas y homilías del Pontífice Romano: fecha de composición, ediciones modernas, traducciones y título. Es una lástima que la utilidad de estos elencos, seguidos de unas prácticas clasificaciones cronológicas y temáticas, sea aminorada por haberse impreso con una letra minúscula de difícil lectura; bien hubieran merecido un número mayor de páginas con impresión más legible. Se cierra la introducción con una bibliografía de los estudios actuales acerca de San León.

Antes de ofrecer la edición bilingüe del *Tomus* y de las homilías cristológicas, Martorell prepara al lector con sendas presentaciones de los textos. Acertado nos ha parecido el comentario doctrinal al *Tomus*: «Hacia tiempo que las dos linealidades fundamentales de la cristología, Logos-Sarx (típicamente alejandrina) y Logos-Anthropos (típicamente antioquena), se oponían entre sí. Considerando que ambos esquemas no son aplicables sistemáticamente a las controversias cristológicas, aun cuando San León sea el portavoz de Occidente en el concilio de Calcedonia, es extremadamente simplista afirmar que sea, por la forma de tratar la temática cristológica, el fiel portavoz de la escuela antioquena» (p. 35). Destaca Martorell que León Magno plasma en el *Tomus* la doctrina que acerca del Verbo encarnado profesaba la Tradición eclesiástica, de la que se apartaba Eutiques.

El trabajo de Martorell, aunque mejorable desde el punto de vista tipográfico, responde a un doble deseo de todo patrólogo: divulgación al gran público de los escritos emanados por los Padres de la Iglesia, y contribución al esclarecimiento doctrinal de su pensamiento teológico, en este caso de la Cristología, que tanto ha interesado a los modernos investigadores.

ALBERTO VICIANO

Alfredo SÁENZ, *La celebración de los misterios en los sermones de San Máximo de Turín*, Paraná, Ed. Mikael, 1983, 260 pp., 15 x 22.

El libro comienza con una breve, pero densa, introducción. Ofrece A. Sáenz un *status quaestionis* de los problemas cronológicos con que se encuentra la investigación moderna a la hora de datar las fechas de nacimiento y muerte de San Máximo de Turín; concluye que su vida

transcurrió entre el año 350 y el 423. La introducción presenta también las vicisitudes culturales, doctrinales y políticas en que se vio envuelto San Máximo, así como su producción literaria. Por último, Sáenz expone cuál ha sido el objetivo fundamental de su estudio: averiguar el significado de las fiestas litúrgicas en los sermones de tan eminente pastor. A lo largo de todo el trabajo, se tienen en cuenta las fuentes patristicas en que se inspira nuestro teólogo; destaca en este sentido la huella dominante de su contemporáneo Ambrosio de Milán, con quien compartió similares inquietudes y puntos de vista.

El libro comprende tres capítulos. En el capítulo primero y segundo predominan los aspectos históricos referentes al origen y desarrollo de las fiestas litúrgicas: confrontación de la fiesta pagana del Sol y de la fiesta cristiana de la Navidad; significado de la palabra «epifanía»; sentido de la Pascua de Resurrección, etc. Sáenz analiza detalladamente las figuras veterotestamentarias de los distintos misterios de Cristo: Elías, figura de la ascensión del Señor; Moisés, de la cuaresma de Cristo; la serpiente de bronce, de la cruz del Señor; etc. Otras son imágenes procedentes de la tradición patristica —el arado, el mástil de la nave, Cristo-Sol e Iglesia-Luna, etc.— o de la mitología grecorromana —Ulises atado al mástil prefigura a Cristo crucificado—.

Si en los dos primeros capítulos se destacan prevalentemente los aspectos históricos y litúrgicos, en el tercero se subrayan más bien las facetas teológicas y pastorales del pensamiento de San Máximo. Dos momentos decisivos integran la celebración litúrgica.

El primer momento es el descendente: el misterio viene hacia nosotros. Este movimiento de condescendencia comienza en Cristo, que es el misterio por antonomasia, porque en El se ha revelado la sabiduría de Dios, y porque El ha realizado de manera radical la salvación de los hombres. Igualmente, dice S. Máximo, Cristo es el Sacramento por excelencia, porque El es el sustento de los misterios, y el origen de todos los sacramentos. De Cristo-Misterio brotan los-misterios-de-Cristo, a saber, Navidad, Epifanía (o misterios natalicios), Pascua, Ascensión, Pentecostés (o misterios pascuales), que no son acontecimientos irremediamente pretéritos, ni hechos que envejecen con el correr del tiempo. Así como Cristo-misterio permanece siempre vivo para interceder por nosotros, de manera análoga los-misterios-de-Cristo perduran para nuestra salvación. La celebración litúrgica hace posible la presencia siempre actual de los misterios. Es la victoria del «hoy» divino sobre la fugacidad del instante humano. A este propósito, Sáenz hace notar con acierto el contraste semántico entre el adverbio temporal y el tiempo verbal de expresiones litúrgicamente frecuentes como «*hodie Christus natus est*», «*hodie caelesti sponso iuncta est ecclesia*», etc.

El segundo momento de la celebración es el momento ascendente: nosotros penetramos en el misterio. Entre el primero y el segundo momento se interpone la predicación, que es la exhortación a ingresar en el misterio. No es posible aceptar el misterio sin una actuación de la fe, cuyo umbral es el estupor ante el misterio proclamado. Así como en Caná a la «gloria» que Cristo manifestó siguió la fe de los apóstoles, de la misma manera frente al misterio re-presentado, la fe es la única res-

puesta valedera. El misterio sólo entrega su secreto a quien lo contempla con la mirada de la fe. La verdadera fe, sin embargo, nos permitirá 'tocarlo' espiritualmente, y nos llenará de alegría al advertir que hemos sido santificados por ese contacto. La fe conduce a la conversión. Este progreso está exigido por el mismo dinamismo de la fe. Nada más contrario a la celebración que el pecado, que atenta contra la 'memoria' de Dios. El proceso de consentimiento al misterio concluye con la comunión. Ante todo comunión con Cristo a través de sus misterios, ya que penetrar en los diversos misterios de Cristo es siempre, en última instancia, penetrar en Aquel que es el Misterio por excelencia. Pero también comunión con Cristo a través de la Eucaristía, en la que el Señor es como la levadura que penetra en la masa para vivificarla y hacerla cuerpo suyo. Es la vida en Cristo. La participación de los misterios no se clausura, sin embargo, en esta vida, sino que se abre a la eternidad del misterio salvador. Será la entrada definitiva —y sin velos— en el Hoy de Dios.

La intención del autor de este trabajo se centra en llevar a la práctica un deseo de la Iglesia, manifestado en el Concilio Vaticano II: vuelta a las fuentes de la liturgia y profundización en el contenido del *mysterium*. Por eso, Sáenz afronta el estudio de un personaje vigoroso de la Iglesia paleocristiana, ampliamente embebido de la tradición teológica y testigo del nacimiento de las diversas fiestas litúrgicas, habida cuenta de que en su época se completó la organización de los diversos tiempos del año litúrgico.

ALBERTO VICIANO

José ORLANDIS, *Historia breve del Cristianismo*, Madrid, Ediciones Rialp («Libros de Historia», 12), 1983, 230 pp., 13 x 20.

El profesor Orlandis, catedrático de Historia del Derecho y Director del Instituto de Historia de la Iglesia de la Universidad de Navarra, pública, en un volumen de fácil manejo, una brillante exposición de lo que ha sido la historia de la Iglesia y de los cristianos a lo largo de sus veinte siglos de existencia. El texto queda completado por una tabla cronológica, un sumario y un índice alfabético. Pretende así estructurar en unas cuantas páginas las líneas esenciales de la historia del Cristianismo, tarea no fácil sin desdibujar los contornos, en un período tan amplio de historia.

Se puede plantear la cuestión de hasta qué punto es historiable el acontecer en el tiempo, de la Iglesia; así lo hacía el autor en el prólogo de una obra suya anterior (*La Iglesia Antigua y Medieval*, Madrid 1974). Al hablar de la Iglesia no se puede prescindir de lo sobrenatural, decía. No es lo mismo la historia de la Iglesia que la de cualquier otra institución por grande y universal que ésta sea. Porque en la Iglesia encontramos la obra de Dios entre los hombres. Pero junto a la realidad sobrenatural, la Iglesia se mueve dentro de los márgenes de los hombres, porque «en una hora precisa del tiempo, y en un lugar determinado de